



AÑO IV

← BARCELONA 3 DE AGOSTO DE 1885 →

NÚM. 188

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL NAIFE FAVORITO, por don Benito Mas y Prat.—AURORA, por don Vicente Colorado.—EL NIDO DEL CUCULLILO, por don J. Ortega Munilla (conclusion).—TEMPES-
TADAS Á FUEGO LENTO, por el doctor Hispanus.

GRABADOS: LA JAULA DEL LEON, cuadro por G. Wertheimer.—LA VISITA, cuadro por Muncaksy.—EL ÁRBOL SACRO, cuadro por Enrique Serra.—EL FARO DE CORBIERE EN LA ISLA DE JERSEY.—CONTIENDAS DOMÉSTICAS, dibujo por H. Weir.

NUESTROS GRABADOS

LA JAULA DEL LEON,
cuadro por G. Wertheimer

Hay pocos contrastes tan evidentes como el ofrecido por un leon enjaulado. Si el leon es el rey de las selvas, es notorio que distintos reyes se han visto privados de trono y de libertad; pero, al fin y al cabo, esos reyes no lo eran por derecho de naturaleza, y desde el Louvre á la Torre de los Lujanes, por ejemplo, hay mucha, muchísima menos distancia, de la que va entre las vírgenes selvas africanas y la mezquina jaula de un domador ó simple expositor de fieras.

En el cuadro que hoy publicamos es de ver á un robusto leon, cuyos rugidos sembraran terror en toda una comarca, reducido á la triste condicion de un huésped estudiantil, á seis reales con chocolate, recibiendo la escasa pitanza de manos de una jóven africana, que se rie de la condicion de la fiera, porque ésta ha sido reducida á forzosa esclavitud. Suprimamos la reja entre la mujer y la fiera, y la naturaleza habrá recobrado sus derechos.

Esta condicion, trocada gracias á unos cuantos barrotes de hierro, ha sido perfectamente interpretada por el autor de nuestro cuadro. De rejas adentro la fuerza sujeta por la esclavitud, ó sea la superioridad del ingenio sobre esa fuerza; de rejas afuera la emancipacion del terror; la jóven africana, á un metro del peligro, distrayéndose con toda tranquilidad y perfectamente segura respecto de su mortal enemigo...

¡Libertad ó rejas!... Hé aquí el problema: la solucion consiste en resolverlo de la parte de fuera ó de la parte de dentro.

LA VISITA, cuadro por Muncaksy

En este cuadro, no hay propiamente asunto: la parte activa, las figuras, son el complemento de la composicion. El artista se ha propuesto pintar el interior de un salon suntuosamente amueblado y con una elegancia que demuestra su buen gusto. Con tan estrecho propósito, ha producido, á pesar de todo, un lienzo admirable de ejecucion, una estancia llena de aire y dotada de suave luz, unos objetos realmente corpóreos, unos términos bien entendidos y unos detalles perfectamente acabados.

¡Dichosa la mujer que recibe visitas en tan confortable estancia!... Hé aquí lo primero que se ocurre al ver ese cuadro. ¡Dichosa!... ¿Quién sabe?... Si la vanidad constituye el todo de su sér, indudablemente su vanidad debe estar muy satisfecha; pero ¿acaso puede llamarse dichosa á la mujer que no siente más impulsos, más deseos, más necesidades que las inspiradas por la vanidad? Si esa suntuosa morada la comparte con un esposo amante y amado, con unos hijos educados en los preceptos de la virtud y el ejemplo del cariño que les profesan sus padres, la morada será un templo consagrado á la dicha. Mas si dentro de ella el alma siente el vacío del amor, si el frio de la etiqueta reemplaza al calor de los afectos correspondidos, entonces esas delicadas flores que hay en la estancia tienen más vida que la dicha de sus moradores.

EL ÁRBOL SACRO, cuadro por Enrique Serra

Uno de los mayores méritos del artista pictórico es darnos una idea de los tiempos pasados, aprovechando para ello los tesoros que la arqueología ha salvado y explicado con tanto cariño como erudicion. Italia es, en este concepto, la grande escuela de los verdaderos amantes del arte; Roma es el museo del mundo latino, museo jamás bastante conocido, porque en él se custodian las manifestaciones de la vida y la riqueza de la antigua



LA JAULA DEL LEON, cuadro por G. Wertheimer

señora de todos los pueblos, ora producidas por los artistas de la gran metrópoli, ora conducidas por el Tíber á bordo de las vencedoras naves que regresaban de saquear las tierras vencidas. Esto explica la predilección, el entusiasmo que despierta en todo artista la idea de visitar á Roma: el pintor que no conoce el Coliseo, el Arco triunfal de Tito y la tumba de aquel emperador que hoy remata el Santo Angel, es como el musulmán que no ha hecho la peregrinación de la Meca; no está consagrado, digámoslo así.

Enrique Serra habita Roma hace mucho tiempo, y con alma de artista y con erudición de arqueólogo, ha reconstruido en el cuadro que hoy publicamos un admirable paisaje de los alrededores de la ciudad cesárea, como la imaginación y la arqueología los concibe en los tiempos de Augusto. En él es de ver junto á las lagunas Pontinas, el árbol sagrado que cobija el altar de Jove; más lejos el acueducto; más lejos la inmensidad; más lejos... otra inmensidad. Roma, la señora de todo.

EL FARO DE CORBIERE, en la isla de Jersey

A las pintorescas vistas de las islas del Canal de la Mancha que hemos insertado en números anteriores, podemos añadir hoy otra, la del faro de Corbiere en la isla de Jersey. La principal ciudad de esta isla, de clima tan apacible que ni hace calor en verano ni frío en invierno, es Saint Helier, que contiene una población de 30,000 habitantes: hállase situada en el ángulo sud-occidental de la isla, la cual está rodeada de empinadas y agudas rocas siempre blancas á causa de las montañas de espuma que las cubren, descollando entre ellas la de Corbiere, llamada por otro nombre «Espanto de los marinos» y sobre la cual está construido el faro que representa nuestro grabado. Las mareas suben allí hasta á cuarenta piés de altura, y durante los temporales las olas son de extraordinaria elevación, magnitud y furia.

CONTIENDAS DOMÉSTICAS, dibujo por H. Weir

Esta bonita composición no es en rigor otra cosa sino un pasatiempo del aventajado artista inglés, tan conocido por sus obras casi todas dedicadas al reino animal, género de trabajo á que con preferencia se dedica. El dibujo en cuestión está dividido en tres partes, según los períodos comprendidos por la doméstica contienda desde su principio hasta el fin, y como cada una de esas partes lleva su título, juzgamos inútil detenernos en su descripción.

En cuanto á la ejecución del asunto, sólo diremos que pasatiempos como este pueden pasar muy bien por obras maestras.

EL NAUPE FAVORITO

I

Mi amigo Lázaro era uno de esos hombres capaces, como Newton, de olvidarse de la sucesión de los platos en sus comidas cotidianas, ó de permanecer, como los Hesychiastas, embebecido en la contemplación de un punto dado por los siglos de los siglos.

Sin padre ni madre á la sazón, viviendo bajo la férula de un su tío, prebendado viejo y gotoso, y de su ama de llaves, arisca y gazmoña, había pasado los primeros años de su existencia en un triste y solitario caseron cuyos sombríos pasadizos apenas se cubrían de sol al medio día ó de vergonzantes rayos de luna por las noches.

Redújose su niñez á aprender la lengua del Lacio, á repasar el Kempis y á tocar el melodium despues de rezar las oraciones. Sólo los días feriados en que solía ocupar el púlpito su reverencia, era permitido al buen Lázaro y á una joven maritornes, doncella—de la casa—de cara ancha como una sota de bastos y de labios encendidos como guindas, pasar de la casa al templo, y acompañar á doña Ursula al convento cercano, en cuyo locutorio eran tratados á cuerpo de rey por las reverendas madres Descalzas.

El carácter de Lázaro, á quien conocí en esta época por haberle cedido más de una vez mi asiento en la portería de la Madre de Dios, corría parejas con su traje y con sus costumbres; hablaba poco, solía contar con los ojos los recuadros del techo y sus sonrisas parecían, de ordinario, dolorosas muecas. Los chicos que jugaban á la tängana en el porche le llamaban el *Cirineo*, y cuando Lázaro se detenía á contemplarlos, apoyándose en el catorcillo de doña Ursula que llevaba siempre pendiente del brazo, burlábanse de él haciéndole ese gesto expresivo que consiste en colocar el dedo pulgar de la mano izquierda sobre la punta de la nariz, unir el de la derecha al meñique y mover los restantes rápidamente.

La existencia de Lázaro, semejante al doble de una campana que toca á muerto, tenía el tiempo medido y el espacio marcado; si alguna vez quiso dar la vuelta completa bajo el arco, se lo impidió el doble cáñamo que oprimía sus brazos.

Doña Ursula jamás le permitió el toque á gloria.

II

Los vicios, las pasiones, hasta los honestos divertimientos mundanos, existían para mi amigo personificados, no ya en el Satanás de Milton, hermoso y terrible á la vez,

como el sol eclipsado, sino en el Lucifer de Dante, de triples fauces y alas de murciélago: los dulces éxtasis del amor y las delicias de la libertad llegaban á él á través de las llamas del purgatorio, en el *Novenario de las benditas ánimas*, que leía su tío en las tristes noches de noviembre.

En aquel cielo siempre nublado sólo se abría un pequeño resquicio azul. Este resquicio, este punto luminoso que limitaba, sin embargo, las tinieblas, era una *mano de béciga*, que se le permitía echar con la única doncella de la casa, mientras doña Ursula preparaba su colación al Padre; colación que consistía frecuentemente en un par de huevos pasados por agua y en un enorme cangilón de chocolate.

Más de una vez hubo de levantar escrúpulos en la conciencia de mi amigo,—según me confesó despues de estos sucesos,—la intranquilidad que sentía cuando una circunstancia imprevista le privaba de su distracción favorita. En efecto, si aquello no era una pasión, tenía, por lo ménos, todas las apariencias de un hábito pecaminoso.

Una extraña circunstancia venía á dar voz y cuerpo á las cavilaciones de mi amigo: Marta, que así se llamaba la rolliza doncella, tenía la costumbre original de besar los comodines cada vez que hacia béciga, *bacigoto* ó cuatro cosas y de envolver al joven en una de sus incitadoras miradas siempre que se apuntaba más de seis tantos. Desde entónces comenzaron los sietes á ser para Lázaro objeto de predilección, y hubo de oscularlos frecuentemente.

Una noche daba Marta las cartas; entraban por las destartadas ventanas de la cocina los primeros efluvios de la primavera y sólo turbaban el silencio nocturno, el crujir de los naipes entre las manos de la joven y el hervir vividor del agua que borboritaba en la chimenea.

—¿Apostamos un beso al comodín de oros?—se atrevió á decir Lázaro, mirando tímidamente hácia la puerta del comedor, por la cual había desaparecido doña Ursula.

Marta no contestó; pero sus mejillas se enrojecieron más aún que lo estaban de ordinario, cuando se acercaba á la hornilla, y miró también hácia la puerta.

Diéronse las seis cartas primeras; en las pupilas de Lázaro parecía lucir una chispa más brillante que las que escapaban del carbon que se consumía en el hogar; un estallido suave y penetrante al mismo tiempo, se unió al rumor del agua que borboritaba y poco despues mi amigo arrojaba los naipes sobre la mesa huyendo como alma que lleva el demonio.

Marta le había dado dos ases y un siete.

Una gran desgracia ocurrió pocos meses despues de estos íntimos sucesos.

El prebendado cayó gravemente enfermo y los cuidados de la buena de doña Ursula y las recetas alopáticas y homeopáticas se concertaron en vano para librar al enfermo de las garras de la muerte.

Lázaro y Marta no dejaron, sin embargo, de jugar á la béciga durante las horas de vela, ni de esperar temblando la salida de los comodines. Cuando el moribundo llamó al joven para darle el último beso, el fuego de los labios de su sobrino coloreó por un momento los suyos fríos y color de violeta.

—¡Adiós hijo mio!—dijole el moribundo con voz fatigosa,—he procurado que no turbe tu espíritu ningún vicio mundano y que tu juventud se deslice por la senda de la continencia y de la santidad. ¡Muero tranquilo!

Estas palabras hicieron brotar las lágrimas de los ojos del joven que abrió su libro de oraciones para ocultar al moribundo su profunda emoción; pero al fijar sus pupilas en el breviario, volvió á separarlas horrorizado.

Serviale de registro el comodín de oros que inadvertidamente había quitado de la baraja.

III

Los que conocían la historia de Lázaro me contaron que al morir su tío vióse preso en las garras de doña Ursula, la que, si no era su madre, hubiera podido serlo. Débil, sin voluntad propia, sumiso á la menor insinuación como un doctrino, á pesar de sus veinticinco primaveras, se acostaba á las oraciones y sólo se permitía dar un pequeño paseo los días festivos. En aquella existencia igual y monótona no había brotado un ideal noble ni una verdadera pasión; sólo una costumbre, un hábito, una afición cándida y poco pecaminosa seguía pertinaz y latente en las penumbras de aquel existir incompleto: la mano de béciga con Marta ántes de entregarse al sueño.

Pocas semanas despues murió Ursula de una pulmonía fulminante. Huyó al otro mundo de un *vuelo*, para reunirse con el prebendado,—como decía con cierto gracejo la Priora de las Carmelitas que era una monja que hacia frases, versos y angelitos de cera.—Lázaro, al separarse de su *madrina*, se encontró sin ningún sér querido en la tierra. Solo como un hongo, sin idea perfecta de lo que se agitaba en torno suyo, sin pasiones ni deseos, flotaba cual flota un casco de lancha sobre las olas de un mar tranquilo.

Cuando volvió del cementerio donde dejara el cadáver de doña Ursula, parecióle el destartado caseron un encierro sombrío. Marta cantaba tranquilamente en la cocina sus canciones estafalarias, y en el comedor, cerca del hogar, se veían los naipes y la bayeta verde; única nota alegre en aquella mazmorra grande y helada.

Consolóse despues, al considerar que desde aquel punto podría vivir á sus anchas. La iglesia estaba cerca y el oratorio del canónigo le pertenecía de derecho. Rezaria cómodamente sus oraciones y luégo que repasara el

Kempis y los misterios ó martirios del santo del día, jugaría con Marta á la béciga, sin temer importunas interrupciones.

Leyó los pliegos testamentarios. Era rico, inmensamente rico, á juzgar por lo que de sus cláusulas se desprendía; en la alacena de la biblioteca se hallaban apilados, con notable esmero, muchos centenares de antiguas monedas de oro, y en un extremo, sobre una biblia, varios legajos conteniendo títulos de predios rústicos enclavados en el cogollo de Andalucía.

¿Qué hacer con tamaña fortuna? Lázaro pensó en dotar varios conventos y en levantar una iglesia en la cual pudiera establecer el panteón familiar, que él ocuparía cuando Dios fuese servido de llamarle á su seno. El mundo, el demonio y la carne se burlarían de él de lo lindo si tratase de invertirla de otro modo; y en cuanto á darla de limosna, no lo creía necesario toda vez que su tío consideraba el estado de pobreza como el más apropiado para acercarse á la cristiana perfección.

Nueve días pasó encerrado en aquella casa solitaria, servido por Marta que se había convertido en ama de llaves y que jugaba con Lázaro sin interrupción hasta las altas horas de la noche. El décimo, despues de oír misa, sentóse en el porche de las Trinitarias á echar un párrafo con el sacristán del convento, hombre que siempre que oía campanas sabía donde repicaban y que, aparte de su afición á los libros de cuarenta y ocho hojas, no tenía vicios conocidos.

—Y bien, señor Lázaro,—díjole este hombrecillo, decididor y alegre como las esquillillas del coro,—¿qué os haceis? ¿en qué pasais las horas? ¿qué es de vuestra vida desde la muerte del señor y de la señora?

Lázaro quedó admirado de la pregunta; á su juicio nada había que hacer más de lo que él hacia cotidianamente.—¡Pues ya lo veis,—repuso entre contrariado y confuso,—vengo de San Pablo y voy á las Trinitarias!

El sacristán meditó cachazudamente y dijo con indiferencia:

—Muy cerca de allí pasé yo la noche... dos pícaros sietes...

Lázaro abrió extremadamente los ojos: ¿dos pícaros sietes? ¿Por qué llamaba el sacristán pícaros á los sietes cuando eran para él las cartas más bonitas de la baraja?

Indagando con mucho cuidado qué sabía de los sietes el sacristán de las Trinitarias, llegó á comprender que la béciga era un juego anticuado y mal visto y que había pequeñas reuniones de amigos en las que se pasaba agradablemente el rato, jugando á otro juego de naipes sencillo é inofensivo, en el cual podían escogerse los sietes sin peligro, con tal de que no vinieran primero las cartas contrarias.

IV

Como Lázaro se había propuesto no faltar en lo más mínimo á lo que su tía le había preceptuado, ántes de decidirse á jugar un rato con los amigos del sacristán consultó varias autoridades; mas no hallando texto sagrado que se opusiese á tan sencillo deseo, suplicó al señor Cosme—que así se llamaba el tentador,—que le llevara consigo, á condición de no llamar pícaras á sus cartas favoritas.

Aquella misma noche, despues del toque de oraciones, entraban Cosme y Lázaro en un garito *decente*, situado en un chirivital de la calle Sal-si-puedes.

Imposible sería relatar el efecto que causó en Lázaro aquella reunión heterogénea de seres agrupados en torno del tapete verde, donde se amontonaba el dinero y producían los naipes un ruido suave y cadencioso. Él, que no conocía otros efectos de luz que los de las lámparas ante los altares y los de los cirios que se apagan poco á poco en el tenebrario, contempló embebecido aquellos semblantes iluminados por el gran quinqué central y en cuyas líneas se expresaban todos los movimientos de una pasión absorbente y dominadora.

Para un jugador de béciga, el monte debe ser un prodigio de sencillez y donosura. Lázaro lo confesó así, al comprender que podía optar por cualquiera de los cuatro naipes que se hallaban sobre la mesa. A las cuatro tallas apareció, en el albur, el primer siete, y Lázaro, ruboroso y tímido como una doncella que corta flores en jardín ajeno, abrióse paso entre los *mirones* y puso un duro, que sacó temblando del bolsillo de su chaleco.

La *suya vino en puerta*, es decir, que otro siete apareció al volver la baraja, con gran contentamiento de los puntos, que esta vez dieron á la banca un buen pellizco. Los sietes y las puestas del joven se repitieron por cinco veces consecutivas y Lázaro fué al poco tiempo el héroe del garito, logrando reunir ante sí un soberbio montón de centines de oro.

La sesión fué completa; Lázaro desbancó tres veces y salió casi en triunfo del *salon de sesiones*, cuando, como dicen los poetas, la aurora abría con sus dedos de rosa las ventanas del cielo.

Inútil es decir que en aquella primera sesión se hizo consumado maestro. Admiraba á Cosme la penetración del joven para comprender sus insinuaciones, y vió con sorpresa que distinguía ya sin esfuerzo la *judía* de la *contrajudía*, el *elijan del entrés* y el *albur del gallo*.

La circunstancia de haberse levantado al día siguiente despues de haber pasado la hora de misa mayor, decía bien á las claras que Lázaro se había transformado por completo. Sin duda, las emociones de que su existencia estaba desprovista se le habían ofrecido en apretado haz durante aquella noche de insomnio. La vida, pues, era algo más que la misa cotidiana, los sermones de tres ho-

ras y los diálogos del locutorio: la béciga sólo tenía de ventaja sobre el juego aprendido la última noche, las voluptuosidades de Marta que aún le entretenían de vez en cuando.

No podía explicarse por qué deseaba el dinero y sin embargo sentía esa fiebre pertinaz del jugador de oficio que pierde y gana; los mil rumores del garito resonaban para él más dulcemente que los coros de vírgenes en las solemnidades del mes de mayo, y al recordar que había de hallarse otra vez colocando junto a un siete un brillante caño de monedas de oro, sentía el inexplicable espeluzno del deleite.

Vino la noche y volvió de nuevo al garito, en compañía del sacristan, después de rezar su acostumbrada parte de rosario; la suerte también le fué favorable y al retirarse a su casa a la del alba, con los ojos ardientes y la bolsa repleta, se durmió sin persignarse con la tranquilidad de los justos.

Refirióme el sacristan Cosme, que Lázaro llegó a ser tan asiduo jugador que olvidó poco a poco hasta la novena de Ánimas, que era, según parece, su fiesta religiosa favorita. Marta lograba detenerlo algunos instantes después del almuerzo; pero ni aún dándole bacigotes y cuatro cosas, pudo reanudar aquellas tranquilas veladas de la época del prebendado.

V

Toda la actividad de Lázaro se había concentrado en el tapete. Las emociones que le proporcionaba una apuesta ganada ó perdida eran para él las variantes de la existencia y como no conocía otros deliquios ni otros divertimientos, creía encontrarse en la plenitud de los goces cuando tomaba plaza en una banca animada, fuerte y generosa.

Ya no fueron sólo las noches las que dedicó a su afición favorita; las tardes y las mañanas se pasaron en el garito hora tras hora, y cuando pálido y tembloroso entraba en su antiguo solar para restaurar sus fuerzas ó sus bolsillos, solía encontrarse seca la pileta del agua bendita y lleno de polvo el novenario.

Una noche de horrorosa pérdida se decidió a entregarse a la orgía con otros compañeros de infortunio. Aquella nueva revelación del abismo mundano determinó una nueva etapa en la existencia de Lázaro: el jamaica fué su recurso de última hora y su camarada inseparable en los días de mal naípe.

Causaba lástima ver a aquel joven pálido y ojoso en cuyo rostro sólo había líneas duras y estatuarias, apurando las anchas copas del ardiente líquido y pasando del garito a la taberna con la misma facilidad que pasara del presbiterio al locutorio. Conocido en todas las casas de juego por su afición a los sietes, solían *tirarle el pego* de vez en cuando; sin embargo, él hubiera puesto a un siete su salvación eterna aunque le tallara el mismo diablo.

Pocos meses después de estos sucesos Lázaro había perdido toda su fortuna y era lo que se llama vulgarmente un tahir de historia.

Incapaz de conocer esas puras afecciones que hace nacer el hogar doméstico y que la verdadera educación fomenta, débil y asustadizo cuando no se hallaba ante el tapete rebosante de oro ó la enloquecedora copa de ron, Lázaro había llegado, sin darse cuenta de ello, a la última de las degradaciones. Vivía con Marta en infamante contubernio y cuando, después de una *sesión* desgraciada, penetraba en aquella casa siempre fría y severa como un convento abandonado, las escenas más escandalosas y soeces se representaban entre ambos.

La salud del joven, que había vivido siempre enteco, y crecido como arbolillo sin jugo, comenzó a resentirse visiblemente con aquella vida sedentaria a la vez que depravada y monótona, y llegó el caso de tener que ir a sus correrías del brazo de Cosme, el cual, consecuente compañero de fatigas, le conducía cerca del tapete y le sentaba como a un niño en la mesa de juego. Lázaro, al oír el crujido de los naipes y ver aparecer los sietes, sus cartas favoritas, se animaba como si apurase un bálsamo restaurador y volvía a ser el *punto* infatigable de siempre. Hubo días en los que llegó a su casa sin necesidad de cirineo.

Cierta noche, Lázaro, conducido por Cosme, tomaba asiento en una soberbia partida. Aunque los días anteriores se había visto postrado en el lecho, hallábase, al parecer, mejor que nunca: la fortuna, esa *prostituta caprichosa*, al decir de Shakespeare, estaba a su lado decididamente. El tísico de los sietes, como le llamaban *sotto voce* sus compañeros de garito, hacía prodigios; sus ojos brillaban como luciérnagas en un campo de violetas y sólo de vez en cuando, llevábase el pañuelo a la boca para contener un importuno esputo de sangre.

La atención de la partida estaba fija en él y en el banquero que tallaba a la sazón el postrer ciento de onzas; era un duelo interesantísimo, en el cual había resonado ya por tres veces, de una manera lúgubre para el contrario de Lázaro, la embriagadora palabra: *¡Copo!*

Iba a repetirse esta frase de los waterloos del tapete, cuando un individuo, vestido de negro y de mefistofélico aspecto, se abrió paso entre el grupo de *mirones* y sacando un grueso fajo de billetes de banco y colocándolos junto al que tallaba, dijo sencillamente:—¡Señores, abonado..!

Aquel «abonado» era un reto y una amenaza a las inmensas riquezas que el tísico tenía delante. Lázaro palideció más aún, mordiendo el pañuelo para contener otro esputo de sangre, mientras que el banquero dejaba un as

y un siete sobre la mesa, exclamando con tranquilidad homérica:

—¡No hay gallo!...

Los jugadores contuvieron el aliento. Aquella masa de cabezas heterogéneas parecían pertenecer a una galería de figuras de cera; el vuelo de un lepidóptero, que hubiese tratado de abrasarse en la llama del quinqué, habría turbado aquel silencio sin nombre. Hubo un momento de estupor general; la mirada de Lázaro se animó de extraño modo y empujando hacia la carta tentadora el montón de oro y billetes que tenía ante sí y que representaba la fortuna de cien desdichados que habían vaciado allí sus bolsillos, balbuceó con ansiedad suprema:

—¡El resto al siete..!

Sucede en esta clase de juego que las cartas están *hondas*, ó lo que es lo mismo, que tardan siglos para los que las esperan casi sin respirar y con el corazón palpitante. El roce de las cartas que saltaban entre los dedos del banquero producía espeluznos: aquella baraja parecía no tener ases ni sietes.

Lázaro, palpitante el pecho, lúcida la mirada, crispados los puños, entreabierta la boca, tras cuyos pálidos labios asomaba el blanco mate de sus dientes manchados de sangre, veía pasar los naipes uno tras otro demostrando con su suspirar anheloso la inmensa fatiga que le aquejaba. Parecía un espectro, hubiérase dicho que vivía por virtud de algún filtro diabólico y misterioso.

Aparecieron doses y treses, cuatros y cincos, sotas y caballos con sus pintados jinetes y sus apuestas cabalgaduras; pero como todo fenecía en el mundo, acabó la intranquilidad de los *puntos* llegando aquel en que había de decidirse la suerte, y apareció el as de bastos, semejante a un reptil verde con manchas rojas.

Un grito indescriptible partió de todas aquellas bocas encendidas y descompuestas, y un cuerpo muerto cayó pesadamente sobre la mesa produciendo ruido estremecedor y dantesco. Era el de Lázaro, que víctima de inesperado accidente producido por la terrible sensación que acababa de experimentar, había quedado exánime, presentando a los asombrados ojos del concurso una cabeza inmóvil reposando sobre sanguinolentas babas en la verdosa almohada del tapete.

La confusión que se produjo en la sala fué terrible. Sacudieron aquel bulto inerte y procuraron volverle a la vida; empeño inútil: ni aún fué preciso utilizar los servicios de Cosme para facilitarle los últimos sacramentos. La suerte estaba echada, recogieron los montones de oro de la banca para poder avisar al juez del distrito, y Cosme, casi con las lágrimas en los ojos, hizo una piadosa colecta entre los asistentes para atender al entierro de aquel héroe de timba muerto como bueno en el campo de batalla.

Apénas pudo reunirse para costear la misa y un féretro viejo; al amanecer del día siguiente, previas las oportunas diligencias, Lázaro reposaba en la gran zanja y Cosme decía a Marta que recogía tarareando los despojos del muerto en la gran casa solitaria:

—Ya lo ves, Marta; ¡el comodín de copas se ha llevado al otro barrio a tu señorito!

VI

Pocos meses después de estos sucesos, varios jugadores *pur sang* departían amigablemente en el rincón más oscuro de una taberna y recordaban la historia de Lázaro muerto sobre el tapete y en el punto mismo de perder la *puesta* colosal y decisiva que esperaba ganar en una de sus cartas favoritas.

—¡Tan arraigados tenía sus vicios y preocupaciones,—decía el antiguo compañero del tísico, tomando un sorbo de ron quemado con azúcar,—que si esta noche fuéramos a invitarle a una partida de empeño, habría de levantarse a apuntar el primer siete!

Un coro de carcajadas recibió la chistosa afirmación del que hablaba, y tres botellas más de ron se bebieron a la memoria de Lázaro, el que fué príncipe de los gariteros.

—Vamos, déjate de bromas con los muertos,—exclamó uno de los timberos, que era, al parecer, hombre timorato.

—¿Se talla ó no se talla?—repuso con impaciencia un tercero que procuraba sin duda ser émulo del héroe de que se trataba.

El que habló ántes insistió riendo en su extravagante afirmación, y tanto hubo de traerla a cuento, que uno de los interlocutores la tomó por lo serio y propuso ir a tallar cien duros al cementerio donde reposaban los restos de Lázaro.

La ocasión no podía ser más propicia; los jugadores, perseguidos por las autoridades, buscaban los sitios más retirados y ocultos para entregarse a su afición favorita, y el pabellón de disecciones del campo santo solía ofrecerles seguro asilo muchas veces.

El último trago decidió a los tahures a emprender la fantástica peregrinación. Sonaba el toque de ánimas cuando *la partida*, aumentada con cuatro *puntos* cogidos al paso, llegaba a la verja del cementerio y daba el santo y seña al guardián de los muertos.

Chirrió el gran cerrojo, entró la partida y el que había de poner la banca se dirigió a una pequeña explanada circuida de altos cipreses en cuyo centro se levantaba una mesa de mármol alumbrada por un farolillo pendiente de una cruz de hierro. Era la mesa de los depósitos judiciales, en la cual podían tenderse los naipes, aunque con alguna dificultad á causa de la lisura de su tablero de piedra.

—¡Juego, señores!—exclamó el banquero, echando las primeras cartas.

El naípe favorito no se presentó, como tuvo ocasión de observar el que tallaba, pero no hay la menor duda de que todos sintieron cierto terror supersticioso.

—¡Huyamos de aquí!—dijo el más joven del concurso, que había perdido en las tres tallas y no se hallaba tranquilo en la mansión de la muerte.

No hubo tiempo de replicarle; cayó un siete sobre la piedra y un ruido de tablas rotas y pasos huecos vino a llenar de terror a los jugadores. La luz del farolillo chisporroteó tristemente y un bulto blanco, envuelto en largo sudario, se abrió paso por entre los arbustos, llegando a la mesa y colocando en ella su mano, cuyos descarnados dedos produjeron ese roce espeluznante de la uña sobre el cristal y del mármol bajo la cera.

Dos de los jugadores cayeron desplomados al suelo, mientras otros dos, más precavidos y valerosos, descargaron sus revolvers sobre el fantasma que desapareció inconscientemente.

Ninguno de los que asistieron a esta fantástica partida pudo darse cuenta de lo que después sucediera, ni vencerse, jamás, de si el hecho fué punzante burla ó realidad pavorosa; mas, comentando el hecho al día siguiente, hubo quien dijo, dispuesto a no volver a las andadas y con firme propósito de enmienda:

—¡Ello es que hay vicios y preocupaciones capaces de levantar a los muertos!

BENITO MÁZ Y PRAT

AURORA

IDILIO

I

Cuando Vénus hubo salido de los mares y pisado las playas de la Grecia, empujó con un pié hacia el mar Egeo la concha que hasta aquel entonces había habitado y de la cual el padre Jove hizo una isla, naturaleza un eden, y los hombres el templo del amor.

Tal es Chipre, la amada de las olas, entre cuyas espumas parece levantarse todavía, como en otro tiempo, la diosa de su nombre.

En la parte oriental de la isla, no lejos del mar y a la margen izquierda de un arroyo, había una casita blanca como las nieves del septentrion, que se prolongaba por uno de sus lados a la manera de dos brazos que, describiendo un círculo, se unieran en las extremidades. Era la cerca de un huerto, al que miraban las ventanas de la casa como sorprendidas de la belleza del paisaje.

El huerto estaba dividido por dos sendas en cruz, tapiadas de finísima arena y limitadas por multitud de plantas en flor y yerbas aromáticas.

En el centro alzábase un pabellón cubierto de enredaderas y dentro de él y bajo un grande espejo, que miraba al mar, extendíase un mueble de extraña hechura cuya posición invitaba al descanso y a los dulces sueños.

Todo era encantador en aquel sitio; el ambiente tibio y perfumado, el cielo alegre y azul, la tierra fresca y blanda.

Entre los árboles del huerto los pájaros hacían sus nidos y cantaban sus amores; oíanse los rumores del mar semejantes a tiernos arrullos; las palomas cortaban aquel espacio con singular deleite, rompiendo durante el día la monótona uniformidad del horizonte.

De noche, las estrellas parecían mirar allí con preferencia a otra parte; la luna se detenía muchas veces en su curso como atraída por no sé qué invencible afecto y, a la mañana, cuando el sol surgía del fondo del Egeo, su primer rayo de luz era para aquella casita blanca como las nieves del septentrion y para aquel huerto hermoso y perfumado como el ramillete de una virgen desposada.

Según afirma una tradición, que los habitantes de Chipre conservan á través del tiempo, en este lugar que acaba de describir descansó el corazón de Vénus, y el aire que lo rodea es el de sus suspiros.

II

Nadie sabe de dónde vino, quién era, ni cómo se llamaba.

Los unos decían que era Vénus, que había vuelto del fondo de los mares a tomar posesión de su morada.

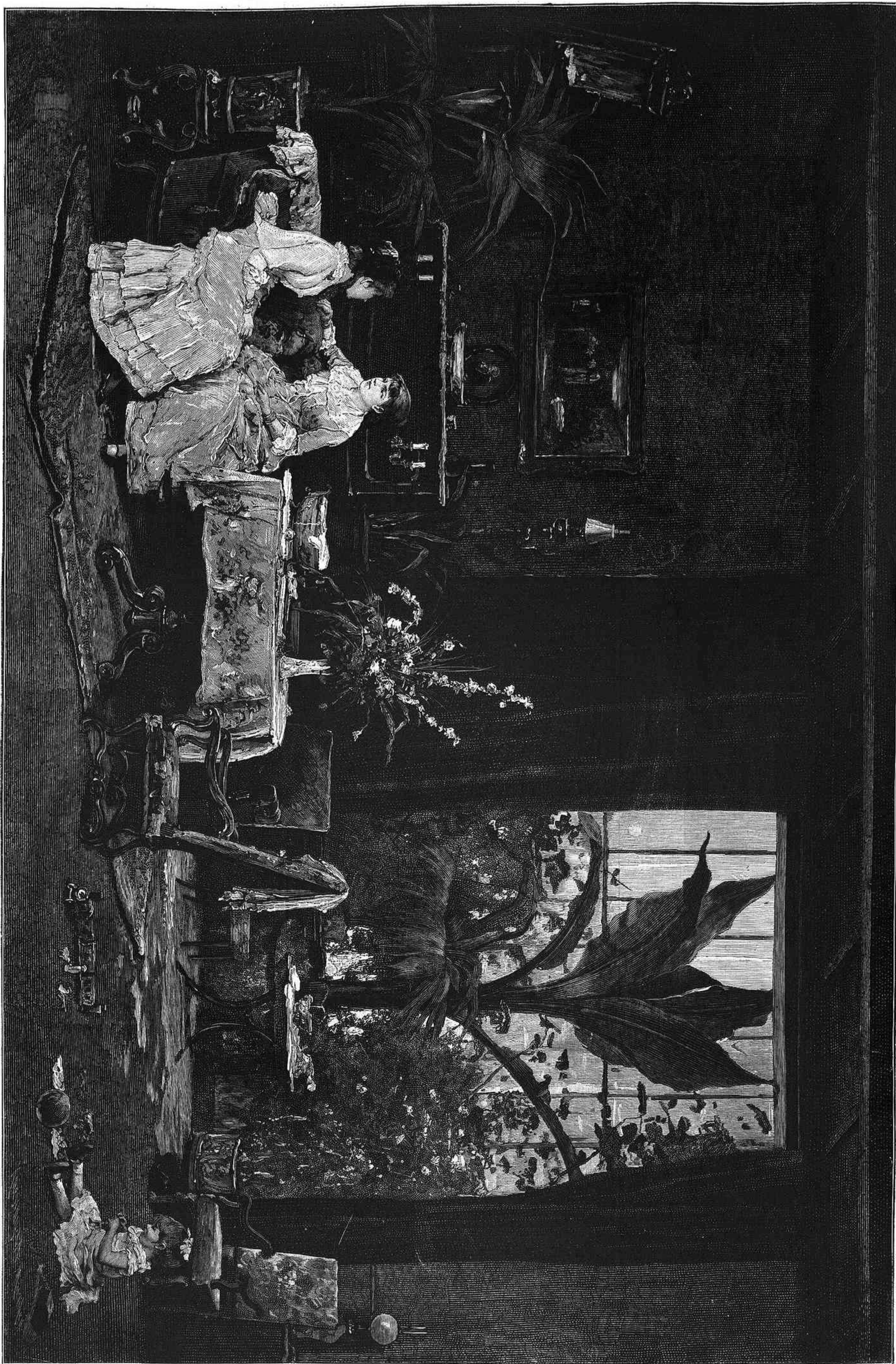
Creían otros que era una virgen del cielo.

Los ancianos aseguraban que era un ángel, las mujeres que una santa, los hombres una divinidad y los niños una estrella. Parecía flor a la vista, de ruiseñor su acento y de palma su gentileza.

Tenia el cielo en los ojos, la aurora en las mejillas, las perlas en sus labios, la agilidad en el talle, la miel en la boca, la gracia en los contornos, la dulzura en la mirada y el perfume en su aliento.

¿Quién era?

Todo, y algo más de lo que decían, pues á todo lo bueno, hermoso y divino añadía el más supremo de todos los encantos: el de ser mujer. Vestía un traje singularmente bello y caprichoso: falda plomiza adornada de pintorescosalamares azules; ancho corpiño de oro abierto sobre el pecho hasta mostrar el finísimo encaje del canesú; larga banda de grana que, partiendo del hombro, descendía dando vuelta al diminuto talle, á todo lo largo del cuerpo sujetándolo en tres diversos círculos: grandes arracadas de oro colgaban de sus delicadas y blancas orejas y, sujetando sus cabellos rubios, llevaba un capacete ó gorro á la turca



LA VISITA, cuadro por Muncakasy



EL ÁRBOL SACRO, cuadro por Enrique Serra

Enrique Serra
Roma 1884

AMRAN

del color de la banda y rematado en su base por una graciosa greca de laminitas de oro.

Como la luz á través del cristal opaco, delatábanse, bajo este traje, las delicadas formas del cuerpo; líneas purísimas que aquí y allí se extendían en ligeras curvas, que, á veces, se acentuaban en incitantes relieves.

III

Aún no había amanecido.

La luna brillaba en el horizonte, la brisa jugueteaba entre las ramas, el arroyo corría al mar y el mar golpeaba la costa con pausado ritmo.

Era la hora en que el ruiseñor canta sus amores.

Aurora velaba: el sueño había huido de sus ojos, su corazón latía con fuerza, y en medio de la oscuridad su mirada entréveía no se qué celestiales visiones.

Permaneció arrobada unos instantes, como si el tiempo y la vida se hubieran detenido.

Un hondo suspiro la volvió á la realidad; entónces su pensamiento comenzó á hablar mudamente.

—¿Dónde está el elegido de mi alma? Le espero y no llega; le busco y no lo encuentro; le llamo y no responde. ¿Dónde está el elegido de mi corazón? ¿Por qué tarda? Ojos tengo para mirarle y no lo veo; oídos para escuchar su voz y no la oigo; brazos para estrecharle y no lo abrazo; labios para besarle y no le beso. ¿Dónde está el elegido de mi alma?

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

De pronto, en medio de la oscuridad y silencio de la noche, oyó clara y distintamente el coro de mil almas que decían:

EL RUISEÑOR

Ya el nido de mis amores,
de hermosas y frescas flores,
concluí.

En esta verde enramada
lo he concluído, ¡oh mi amada!
para tí.

Ven, mi dulce compañera;
de toda dicha, te espera
la mejor.

Ven, amor mio, en seguida;
¡qué sería nuestra vida
sin amor!

EL CÉFIRO

Voy de prisa, voy de prisa;
flores, dejadme pasar;
me está esperando la brisa,
la blanda brisa del mar.

Paso, paso, verde rama;
dejadme, impaciente estoy;
la brisa del mar me llama...
¡No oís su acento!—Allá voy.

Abridme paso al instante;
flores, dejadme pasar,
que está esperando á su amante
la fresca brisa del mar.

EL ARROYO

Clavel, jazmin, azucena,
arrullando vuestro sueño
voy corriendo por la arena
y hácia la mar me despeño.

Vuestro cuerpo savia toma
de mis ondas y gozais
por mí de vida y aroma...
y vosotras ¿qué me dais?

Inclinad al dulce peso
del céfiro halagador
vuestra frente, y dadme un beso,
un solo beso de amor.

LAS FLORES

Hijas del amor, nacimos
para adorar, y adoramos
el aire que perfumamos
y la tierra en que vivimos.

Amamos á la doncella
que nos prende en sus cabellos,
del sol los rojos destellos,
los pálidos de la estrella.

Arroyo murmurador,
si sabes sentir y amar,
contigo iremos al mar
todas á morir de amor.

EL MAR

No creo que furor haya
como el que mi seno encierra;
y sin embargo, desmaya
siempre que toca la playa
dulcísima de la tierra.

Su inmóvil y enhiesta altura
cobarde contemplo á solas,
y, amante de su hermosura,
con arrullos de ternura
mil besos la dan mis olas.

Triunfa el hombre por la guerra;
domina por el terror;
mas mi cólera le aterra,
y le venzo, cual la tierra
me vence á mí con su amor.

LAS ESTRELLAS

En nosotras el lucero
ha fijado sus miradas,
y dice en voces calladas:
«¡Con toda mi luz os quiero!»

Y nosotras le miramos
á la par que sonreímos,
y al lucero le decimos
con voces mudas: «Te amamos.»

Con los rayos del lucero
se hallan nuestros rayos de oro;
los suyos dicen: «¡Te adoro!»
los nuestros dicen: «Te quiero.»

IV

Aurora saltó del lecho.

La vírgen sentía circular por sus venas la sangre seca y ardiente. ¡Cuál se agitaba su rosado cuerpo! ¡Cómo temblaban sus piecitos! Cinóse una túnica, calzóse unos chapines, sujetó sus largos y sueltos cabellos rubios con una cinta de seda, y se encaminó hácia el puerto.

¡Con qué ansia respiró el tibio ambiente de la noche!
¡Con qué afán sus ojos se volvieron en todas direcciones!

Una vez que hubo entrado en el pabellon se dejó caer, como fruto que maduro se desprende, sobre aquel extraño mueble de sutil y blanda pluma formado, teniendo frente de sí todo el frondoso y pintoresco paisaje de la isla, y contemplando en el espejo el mar espumoso.

La Naturaleza seguía cantando sus eternos amores.

LA NOCHE

Para quien trabaja ó llora
llegó conmigo la hora
del sueño reparador,
y el instante del amor
para quien ama y adora.

El esposo satisfecho
duerme en su mullido lecho
junto á su amada, dichoso;
y ella, feliz, á su esposo
abraza junto á su pecho.

Soy la noche; en mis crespones
las penas y las pasiones
gozan de paz y ternura;
dormid, almas sin ventura;
amad, tiernos corazones.

LA LUNA

La luz hermosa y brillante
el sol en mi faz refleja,
y me enamora y se queja
porque no me rindo amante.

De la tierra tiene celos
y se querella conmigo,
porque á la tierra le sigo
siempre á través de los cielos.

¡Oh, sol! Mi amor me encadena
á la tierra, á quien adoro;
tú tienes los rayos de oro,
pero ella, en cambio, ¡es tan buena!

En vano, en vano me llamas;
la tierra es quien me enamora;
ella ensalza cuanto adora;
tú eclipsas todo lo que amas.

LA TIERRA

Mi cuerpo de entre la linfa
de los mares se levanta;
soy la tierra, soy la ninfa
del amor que rie y canta.

Tengo rios, selvas, montes,
abismos, valles, collados;
tengo alegres horizontes,
bosques vírgenes no hollados.

Es el cielo mi morada;
por él salto, corro, vuelo;
nada envidia, porque nada
codicia quien tiene el cielo.

Mi amor es grande y profundo,
y, los séres, sin medida
en mis entrañas fecundo
y les doy sustento y vida.

Soy ardiente en el estío,
dulce si el otoño impera,
blanca en el invierno frío
y hermosa en la primavera.

En mi seno los amores
del rubio sol llevo impresos;
nubes, aves, plantas, flores,
son los hijos de sus besos.

V

¡Qué obsesion se apodera del alma cuando, en medio de la soledad y la sombra, se escuchan esos rumores que dicen sin palabras todo lo que la imaginación desea y ha soñado sin forma ni contorno algunos!

Aurora sentía que su espíritu, y su cuerpo iban por una dilatación inexplicable á huir lejos de ella y á abandonarla, convirtiéndose aquí en flor, allí en agua bullente y diáfana, más allá en aire, en pájaro, en luz, en todo, en fin, cuanto en la naturaleza es bello y hermoso.

—¡Ay! Si yo fuese una estrella,—pensaba,—me amarian los luceros; si fuese flor, me acariciaría el viento y me arrullarían las fuentes; si tierra, sometería al Océano; si luna, me besaría el sol; si ave, tendría mi nido y viviría en las ramas. Pero ¡ay! que no soy pájaro, ni luna, tierra ni flor, estrella ni viento. Soy una mujer que ama y no tiene amor; que desea amar y no puede decirlo... ¿Por qué como las flores dan su aroma, el mar sus olas y el sol su luz, no ha de decir la mujer: *te amo*?

En un rincón del cielo, hácia la parte del Asia, asomó un punto rosado.

Aurora clavó su mirada en el espejo, divisó aquel rubor del horizonte, y quedó en éxtasis.

LA AURORA

Nuncio soy de la alegría,
amo el placer, soy la aurora;
flor divina, ave canora,
despertad, que viene el día.

Soy la vestal del Oriente,
soy la vírgen casta y bella,
la pudibunda doncella,
la amada del sol naciente.

De sus brazos voy huyendo
y entre sus brazos me miro;
quiero gritar y suspiro,
reñirle y estoy riendo.

¡Quién huye los embelesos
y caricias del amor!
Sus besos me dan rubor;
mas... ¡son tan dulces sus besos!

EL SOL

Atrás, agreste monte;
oscura noche, atrás;
la sombra en mi horizonte
no triunfará jamás.

Yo soy todo alegría;
yo soy todo fulgor;
soy el eterno día;
el inmortal amor.

Mis rayos son de fuego;
mi vida es un eden;
y el cielo en que navego
es mi azulado haren.

Mis dichas son completas;
adonde marchó, van
conmigo cien planetas;
¡y yo soy el sultan!

Abrasan mis miradas;
lava mis besos son;
yo doy á mis amadas
todo mi corazón.

Con alma y vida adoro,
y amando he de vivir
miéntras mis rayos de oro
no cesen de lucir.

¡Sólo el poeta siente
y ama con mi calor!
¡él sabe únicamente
qué cosa es el amor!

VI

El día iba avanzando poco á poco, sin que Aurora advirtiera el correr del tiempo.

Inmóvil, como clavada en el fondo del pabellon, yacía, el cuerpo tendido, las piernas colgantes, los brazos echados hácia arriba y las manos bajo la nuca, destacándose

los suaves contornos de su pecho, el cual, únicamente, delataba su existencia en el dulcísimo afán que lo agitaba. Su mirada estaba fija en el espejo; parecía pedirle la imagen de su amor. Veía al mar dilatarse y perderse en el lejano confín, como se dilataban y perdían sus ideas y sus afectos en el espacio sin límites de su pasión.

(Continuará)

VICENTE COLORADO

EL NIDO DEL CUCLILLO

(Conclusion)

—Yo soy tu tia...—continuó la vieja,—es decir, tia de tu madre, que viene á ser lo mismo... una cosa parecida á abuela... Con que ya sabes que tienes que respetarme y quererme.

Llegó en esto Dorotea en vistoso traje de mañana, en el que donde acababa el encaje empezaba el raso. Detrás venía la bonitísima Irene, que era muy madrugadora y estaba ya peinada, con su delantal blanco, que trazando un cuadrado sobre el pecho descendía hasta el suelo. Tenía aquella muchacha un rostro en el cual bailaban y bullían las sonrisas como el sol en un vaso de agua agitada. Traía Irene en una canastilla varias prendas de traje masculino.

—¿Cómo?—dijo Doro, besando á Valentin en las mejillas.—¿Ya te has levantado?

—¡Anda, pues hace ya un par de horas!

—¿Y qué has hecho?

—Me he asomado á la ventana... he estado viendo regar el paseo.

—¡Vaya una diversion! Pues tienes que desnudarte y probarte este traje... No sé si te estará bien; pero creo que sí... Anda, anda.

Miró Valentin con asombro á Dorotea. ¿Pretendía aquella señora que se desnudase delante de mujeres? No, era imposible. Doña Leticia comprendió lo que le pasaba al muchacho y exclamó:

—Tiene vergüenza el pobrecillo.

—Bueno, pues nos iremos... Tira de la campanilla cuando estes.

Cerró la puerta Valentin y en muy pocos minutos dejó el rústico traje, engalanándose con un terno de lanilla muy elegante. Llamó y entraron de nuevo las tres mujeres.

—Perfectamente,—dijo Doro,—únicamente estos botones del chaleco es preciso meterlos un poco... A ver, Irene, trae una aguja.

Como Doro no sabía coser, Irene fué quien, armada de tijera, quitó los botones, ayudando al señorito á desabrocharlos. Despues sus sutiles dedos tiraron de la hebra... Jamás se había visto Valentin tan cerca de una mujer bonita... el aliento de Irene le daba en el rostro como un perfume acariciador y sensual... y ella, mientras apretaba con sus deditos en la aguja buscando el agujero del boton, apartaba la vista de su obra para mirarle los ojos al mozo. Cuando se miró este al espejo asombróse la absoluta mudanza de su persona, y mucho más el que en un bolsillo del chaleco tenía un relojito de oro que andaba solo, y en el otro bolsillo sonaba dinero.

Dorotea le dió un pañuelo perfumado, y en él vió el muchacho dos letras: V. R. ¿Qué significa esta R?— ¡Ah!... No se acordaba ya que desde hace pocas horas se llamaba Valentin Ripamilan.

—¿Qué quieres hacer hoy?—interrogó Doro.

—Lo que V. mande.

—No, no, quiero que te diviertas... Dí cómo prefieres pasar el día. No tengas reparo en decir tu capricho, porque quiero darte gusto en todo.

Valentin sabía perfectamente dónde le llamaba su deseo, pero no se atrevía á decirlo.

—Yo quisiera, pero... no me atrevo.

—Dilo sin miedo, hombre, dilo.

—¿Me dejaría V. ir á pasar el día á Nidonegro?

Doro se mordió los labios con disgusto y en la cara de doña Leticia hubo un gesto enigmático indescriptible.

—¿Cómo!

—Mire V., como está tan cerca... ya ve V., hora y media de tren... á las seis de la tarde estaré de vuelta.

Tardó algunos instantes Dorotea en contestar. Por fin dijo:

—Bueno, haz tu gusto.

Doña Leticia intervino: no se explicaba el afán de ir á un poblachon tan feo, en el que segun Rodolfo no había más que un cura, cerdos y gallinas...

A la media hora estaba Valentin en un coche de segunda. En el bolsillo del chaleco le habían puesto cinco duros... ¡Con qué alegría vió la arboleda del Mazarambroz!... En las calles de Nidonegro las gentes le miraban con sorpresa. ¡Qué elegante iba el incluserillo! Las viejas hilando en sus portales, contaron la leyenda de un príncipe indio que había resultado padre del inclusero.

XIII

OBRA DE DESMORALIZACION

En casa de Dorotea fué rápida. Valentin olvidó muy pronto lo bueno que había aprendido en Nidonegro y se hizo embustero y vicioso.

Pero el pleito de la testamentaría iba de mal en peor. El tribunal, por fin, desestimó la demanda de herencia y

Dorotea vió que era inútil su farsa. Ni con aquel hijo ni con cien hijos obtendría los millones de Ripamilan.

Despues de pasar dos días en Nidonegro, Valentin volvió á casa de su madre.

Entró en la sala y encontró á Dorotea que se peinaba á toda prisa, ayudada de doña Leticia, delante de un tocador. En un magnífico traje de seda que había sobre un mueble, en los embelecados de tocador amontonados en el mármol de una jardinera, advertíase que algo nuevo é imprevisible poco tiempo ántes había determinado en Dorotea la necesidad de engalanarse á toda prisa.

—¡Hola!—exclamó ella prendiéndose una horquilla entre los cabellos.—La escena va á ser un poco fuerte, Valentin, pero yo no tengo la culpa... Dígaselo V., tia, dígaselo usted todo, porque yo tengo mucha prisa... me está esperando el conde hace un cuarto de hora.

Doña Leticia estaba pasando un guñapo de batista por la seda del vestido.

—Pues una cosa muy sencilla,—exclamó sin apartar la vista de su obra,—es preciso cambiar de vida... Ayer fué



EL FARO DE CORBIERE EN LA ISLA DE JERSEY

sentenciado el pleito. Resulta que el conde del Cenagal el Alto tenía razon... No es posible que el testamento del difunto duque valga... ¡Jesús mil veces, ya lo decía yo!... El abogado del conde ha probado... pero cómo... ¡que no deja lugar á duda!... que tú no eres hijo del duque.

—¿Qué!... ¿Qué infamia era aquella que le decían á Valentin?... En medio de su estupor encontró una frase:

—Pues entónces, ¿de quién soy hijo?

Dorotea, que acababa entónces de peinarse, lanzó una carcajada.

—A ver, tia... dígaselo V. si se acuerda.

—Lo que ha pasado aquí, Valentin, es lo siguiente,—continuó doña Leticia sin dejar de limpiar la seda:—si tu pobre madre tuviera una fortuna... no había nada que hablar,—pero amigo, es pobre... luégo ya sabes tú lo que sucede en las inclusas... hay mil cambios... ¿y quién nos dice á nosotras que no eres tú?... Es decir, que tú eres el niño aquel que yo llevé al torno aquella noche... porque parecerte no te parece á tu madre... y la misma duda que el conde ha hecho valer en los tribunales, esta misma duda tenemos nosotros... El conde dice que no habiéndote puesto en la cuna una señal determinada, no es posible reconocerte, no hay más dato que el registro de la casa, y de ese no resulta probado nada; es más, allí no consta tu nombre siquiera; verdad es que don Juan Rubeña dice que eso consiste en que el conde del Cenagal el Alto ha sobornado á un escribiente y ha hecho desaparecer unas cuantas hojas del libro, pero estas son habladurías... Nosotras hemos sido engañadas, mi pobre cuita Dorotea más que nadie... Ha habido por supuesto quien ha tenido interés en ello... ese par de viejos de Nidonegro, que han querido que tú representes el papel de

hijo de duque... No, no creas que te tenemos mala voluntad... si necesitas de nosotras te atenderemos... vinculo no hay ninguno... pero al ménos, ya que durante algunos meses has aparecido como hijo de mi sobrina... ¡que no se diga!... Todo está ya arreglado... tan convencido queda el conde del Cenagal de que hemos sido objetos de un engaño, que de enemigo se ha convertido en amigo y protector de Doro.

Valentin escuchó estas palabras, y en su rostro se reflejaron tales emociones que ni hay pluma que las describa ni pincel que las pinte; primero cruzó las manos, despues las dejó caer con desaliento, miró á doña Leticia con una mirada de terror y á Doro con una mirada llena de cariño. Sus labios se estremecían nerviosamente, y cuando doña Leticia acabó de hablar dijo el jóven:

—¿De modo que yo... mi padre?...

Llevóse una mano á los ojos y dió un paso hácia el balcon. Dorotea había desaparecido un momento en la alcoba para empezar á vestirse. Ya estaba de nuevo engalanada, brillante en su atavío, rejuvenecida y majestuosa. Miró á Valentin y le preguntó:

—¿Qué vas á hacer?

Y Valentin, con serenidad, con un rostro pálido cadavérico, contestó con un acento que parecía venir de un sepulcro:

—¡Voy á buscar á mi padre!

Estaba abierto el balcon: tomó carrera el mancebo. dió un choque terrible contra la barandilla, y se precipitó en el vacío.

—¡Jesús, Jesús mil veces!—gritó doña Leticia escapándose de las manos un cepillo que esgrimia sobre un abrigo.

Doro cruzó sus manos y exclamó:
—¡Qué horror!

Se asomó al balcon, vió en la calle un inmenso tumulto de gente agrupada cerca de algo inmóvil negro que en la oscuridad de la noche no se descubría... Por la esquina avanzaba una berlina cuyas dos linternas refulgían vivísimamente. Allí venía el conde del Cenagal el Alto á buscarla.

J. ORTEGA MUNILLA

TEMPESTADES A FUEGO LENTO

Que el Sol, por el calor y la luz que nos envía, mantiene la actividad y el movimiento de todo lo que alienta en la superficie de la Tierra, cosa es por demás sabida y demostrada. Bajo la acción de los rayos caloríficos solares, se evaporan las aguas, se forman las nubes y se originan los vientos, dando cierta uniformidad al clima de la Tierra; germinan y se desarrollan las plantas; viven y se mueren los animales. Pero á más de estos efectos generales, cuya acción é intensidad es conocida, producen otros cuya influencia más íntima y más vaga ha sido y es difícil de apreciar sin que por eso sea menos extensa y formidable.

El Sol, en efecto, al mismo tiempo que envía calor y luz, hace que en la Tierra se desarrolle gran cantidad de electricidad en los dos estados en que la estudian los físicos; el estado de tensión ó *estática*, y el estado de corriente ó *dinámica*.

En el mar cada gota que se evapora sale electrizada y deja electrizada también á sus vecinas; en las ciudades cada fogón es un foco de electricidad; y en todas partes cada animal da su contingente eléctrico á la atmósfera al respirar y al moverse y cada vegetal al vivir y desarrollarse. Acumulados todos estos infinitamente pequeños eléctricos, por la acción solar nacidos, producen la tensión eléctrica que en la atmósfera y en el suelo se manifiesta con intensidad tan grande que ella es causa de las estrepitosas y formidables tempestades que periódicamente estallan en los trópicos, de las variables y también temidas tormentas de las zonas templadas y de las silenciosas y brillantes auroras polares en las regiones árticas y antárticas.

* *

El aire de las capas bajas de la atmósfera calentado fuertemente, en las regiones ecuatoriales, por su contacto con la superficie del suelo ó del mar de dichas zonas, se eleva á las regiones superiores á buscar sus condiciones de equilibrio; pero este movimiento ascensional del aire produce una especie de tiro de ambos lados de la zona de temperatura máxima hacia esta, de modo que de cada una de las zonas templadas se dirigirán á la ecuatorial dos corrientes, constituyendo los vientos llamados *alisios inferiores* ó simplemente *alisios*. A su vez estas dos corrientes producen un descenso de presión en las regiones de latitud elevada, y en su consecuencia el aire caliente que se elevó desde el ecuador se parte á su vez, en las zonas elevadas de la atmósfera, en dos corrientes que se precipitan en lo alto hacia los polos en sentido casi horizontal, pero siempre inclinándose hacia la superficie de la Tierra á causa del descenso de la temperatura conforme avanzan en latitud. Estas corrientes reciben el nombre de *contra-alisios* ó *alisios superiores*.

Estos últimos vientos traen consigo la gran cantidad de agua evaporada en los mares tropicales y la electricidad que en cantidad enorme en dichas regiones se produce; agua y electricidad que van repartiendo por las demás zonas del globo á medida que hacia ambos polos respectivamente avanzan.

De aquí resulta que en las zonas tropicales es donde, por ser la evaporación más activa y la vegetación más exuberante, la atmósfera y el suelo se hallan más car-

gados de electricidad, originándose por esto con frecuencia las violentísimas tormentas propias de aquellos mares y de las cuales son buen ejemplo los tornados.

Nada tan imponente como una borrasca de este género; una nubecilla, alta al principio y que va descendiendo después hacia el horizonte, anuncia el peligro al navegante. Un anillo negro rodea la nube; este anillo va extendiéndose y llega á cubrir casi toda la atmósfera envolviendo tierra y cielo en las tinieblas más espesas; una calma absoluta reina entonces, los ruidos parecen apagados, los movimientos todos detenidos, la vida entera suspendida. Una horrible inquietud, una ansiedad indefinible invade todos los seres y un terror inevitable los ánimos más serenos; después relámpagos que parecen incendiar toda la bóveda celeste, rayos que azotan sin cesar la tierra y el cielo, y el continuo mugir y retumbar del trueno á todas alturas y distancias aumentan la imponente grandiosidad del espectáculo. Entonces, en medio de una lluvia copiosísima, torbellinos de viento de una velocidad increíble salen de entre las tinieblas más densas y pasan arrasándolo todo de la manera más espantosa, arrancando árboles, destruyendo casas y agitando el mar en horribles conmociones.

En los mares de la India, durante estas tormentas, la cantidad de electricidad es tal, que á juzgar por la continua sucesión de los relámpagos se creería que el cielo se derrama en cascadas de fuego sobre la tierra; las mismas gotas de lluvia, que caen con extraordinaria violencia, aparecen luminosas, y se ha visto,—dice Reid—saltar espontáneamente chispas del cuerpo de los negros.

* *

En las regiones templadas, en Europa, por ejemplo, las tormentas no se producen con tanta intensidad; ordinariamente la atmósfera no está tan cargada de vapor de agua ni de fluido eléctrico y los movimientos del aire no son tan activos como en las zonas tropicales; pero en cuanto se produce el más ligero movimiento giratorio, el aire de las altas regiones desciende en remolino, enfriando las capas bajas, sobre todo en verano, formando nubes y electrizándolas, y en cuanto la tensión de las electricidades distintas de que las nubes, según el punto y modo de formarse, están cargadas, llega á ser formidable, la tormenta estalla, aunque nunca tan ruidosa como en las aguas ecuatoriales.

Se ha podido observar, merced á las asiduas observaciones del servicio meteorológico internacional, que dichas tormentas siguen en su desarrollo y rumbo ciertas rutas bastante regulares y constantes; llegar á determinarlas con precisión será un servicio inmenso para la navegación y para la agricultura.

* *

Pero los contra-alisios á medida que van aproximándose por uno y otro hemisferio hacia los polos respectivos van perdiendo su vapor de agua y su electricidad, y como en aquellas regiones polares la evaporación es insignificante y la vegetación pobrísima, no hay motivos para que se produzcan las tormentas que en las demás regiones del globo se presentan, de forma que en las heladas comarcas árticas y antárticas, *ni llueve ni truena* y los vientos soplan generalmente con tan poca fuerza que á veces los atrevidos exploradores que á ellas llegan, perciben sobre la nieve las huellas de los que les han precedido con un año de intervalo, hecho que viene á probar á la vez que las nieves no son en aquellos sitios tan abundantes como ordinariamente se cree.

Pero si en esas regiones nunca truena, la recomposición eléctrica se manifiesta también de un modo bien patente. Por virtud del considerable enfriamiento de la atmósfera en aquellos lugares, las nubes que allí se forman no están constituidas por gotitas de vapor de agua condensado bajo la forma líquida, sino por agujas microscópicas de hielo, las cuales dan mucha mayor conductibilidad para la electricidad á la atmósfera donde existen; y en este caso la poca ó mucha electricidad positiva de la atmósfera de aquellas regiones y la negativa de las nubes puede llegar á recomponerse, no de repente como en los trópicos ó en nuestros climas originando el relámpago y el trueno, sino lentamente, saltando la chispa eléctrica de aguja á aguja, realizándose así fenómenos análogos á los que en los tubos de Geissler se producen, dentro de los cuales, por estar el aire sumamente enrarecido, se originan al pasar una corriente eléctrica intermitente, extensas ráfagas luminosas con colores brillantísimos.

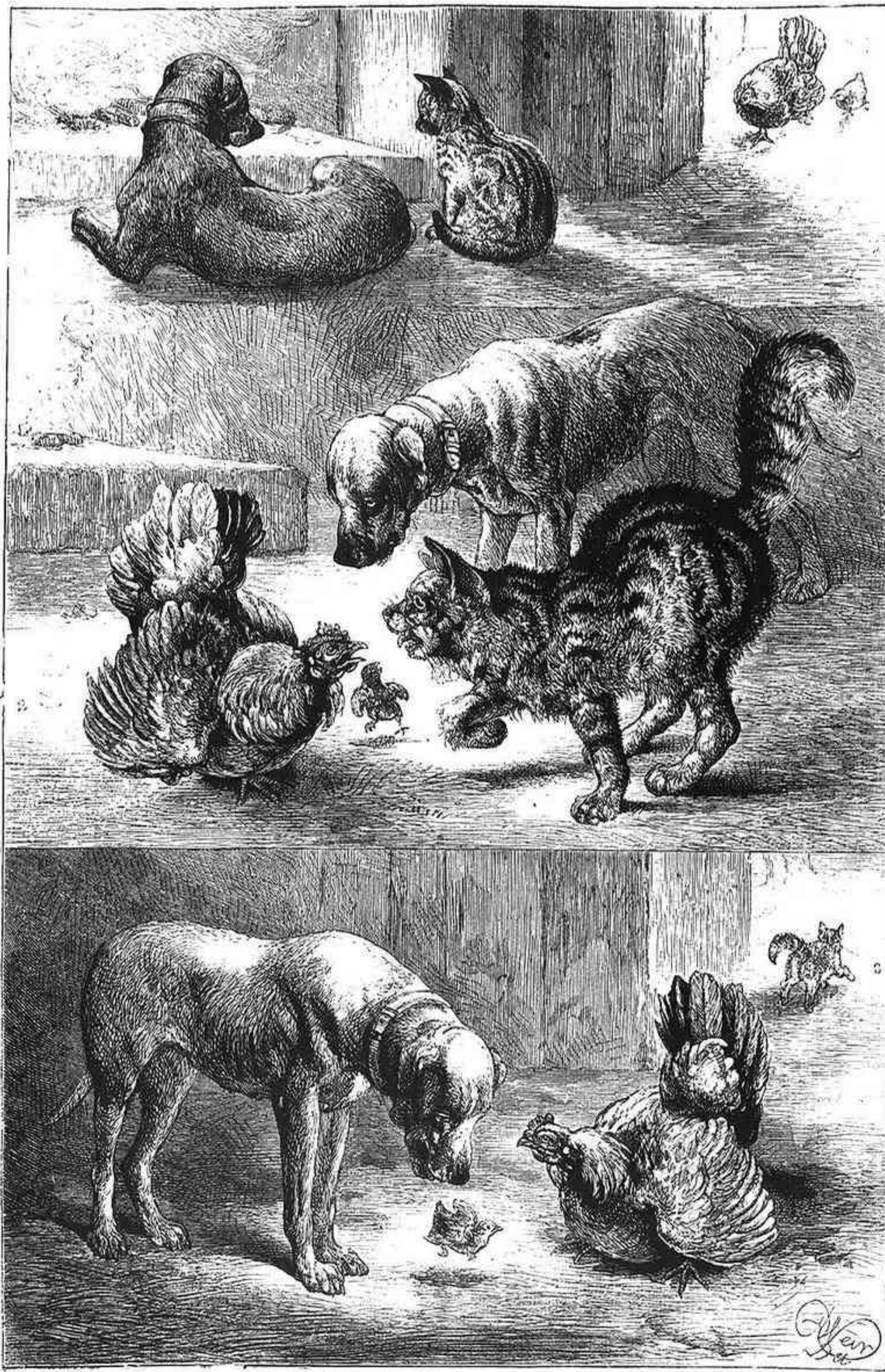
Esto es lo que pasa también en las atmósferas elevadas y enrarecidas de las regiones polares.

De modo que allí las tempestades, por virtud de las cuales se verifica la recomposición de la electricidad, son numerosísimas tempestades microscópicas, sin ruido, producidas al saltar la chispa, formando ráfaga, de cada cristalito de hielo que flota en la atmósfera á su inmediato.

El resultado de tales efectos no puede ser más espléndido; el conjunto que forman esos miles y miles de diminutas tempestades, es el fenómeno verdaderamente magnífico de las *auroras polares*; *tempestades á fuego lento*, que no suenan, pero que brillan y alumbran á veces medio hemisferio y correspondientes á las aparatosas tronadas de los trópicos.

Las auroras polares son, pues, las tempestades de los polos.

DOCTOR HISPANUS



CONTIENDAS DOMÉSTICAS, dibujo por H. Weir
1. Un intruso.—2. La pelea.—3. Final de la contienda

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentación*, 2 tomos. — *Escultura y Glicptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HÖTNEROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON